

RUMEO MORGÁ

11/189-55)



EL CANTO EN LA SOMBRA

EDITORIAL TEGUALDA

es azevedo

**Es propiedad
Inscripción N.º 11519**

**Impreso en los Talleres de la
Editorial Tegalda, Molina 50.
Teléf. 94467-Santiago de Chile.**

EL CANTO EN LA SOMBRA

R O M E O M U R G A

El Canto en la Sombra

PROLOGO DE NORBERTO PINILLA

EDITORIAL TEGUALDA

Santiago de Chile

1946

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS

OCT 1 1946

DEPOSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Este libro debió haber sido publicado a raíz de la muerte de su autor, en 1925, como era su deseo. Circunstancias desfavorables hicieron imposible la publicación de EL CANTO EN LA SOMBRA. Ahora sale a luz para cumplir una promesa, nunca olvidada, sino siempre latente en un corazón fraternal.

Berta Murga.

P R O L O G O

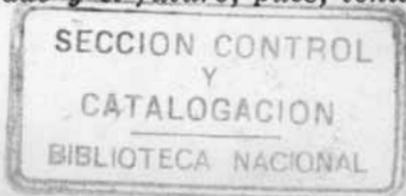
AMBIENTE ESTUDIANTIL.— *El año 1922 fué de áspera turbulencia. La muchedumbre universitaria gritaba, más de lo que solía normalmente, en los patios y las aulas de las escuelas y, sobre todo, en el paraninfo de la Casa de Estudios Generales.*

Los fogosos oradores se ejercitaban en el manejo del verbo que casi nunca se traducía en armoniosa sonoridad, pero que siempre movía a los corazones juveniles, corazones dispuestos a enmendar las injusticias de la vida social. Don Quijote revivía y se multiplicaba en aquellas mocedades inquietas, generosas, soñadoras.

“La reforma universitaria”, “la asistencia libre”, “la autonomía universitaria”, “el socorro económico”, “el estatuto universitario” y otros tópicos, de pedagogía y administración, vibraban como mágicas consignas en la masa estudiantil.

Las peticiones de los estudiantes no fueron oídas por las autoridades académicas. Vino la huelga. Fué la “acción directa”, propugnada por los teóricos del anarquismo. El estudiando sesionaba tarde y noche. Por las mañanas, comisiones entusiastas recorrían las escuelas, avivando la conciencia vacilante de los tibios e indiferentes.

Las autoridades y los muchachos estaban frente a frente. El pasado y el futuro, pues, tenían problemas co-



munes. Pero el ángulo visual para considerarlos era muy diverso. El acuerdo no se produjo. La edad escéptica no aceptó a la edad fervorosa. Es el constante choque de las generaciones, en el cual, por lo común, vencen aquéllos para quienes "la vida comienza mañana".

En ese año, convulsionado por inquietudes de "reforma universitaria", conocí a Romeo Murga. El árbol lozano de su poesía comenzaba por entonces a florecer. Sus poemas, pues, aparecieron en un momento de renovación, no sólo de la lírica chilena, sino de la sociedad.

FISONOMIA DE ROMEO MURGA.—Era magro y alto; tenía el rostro pálido; los cabellos negros abundaban en su cabeza fina; los ojos tenían melancólica bondad.

En el cuadrilátero de corredores que se formaba, en aquel tiempo, en el Instituto Pedagógico, se paseaba con Eugenio González, Pablo Neruda, Armando Ulloa, Rubén Azócar, Eusebio Ibar, Víctor Barberis, Yolando Pino Saavedra. En el sosegado caminar, el dorado pájaro de la gloria le cantó sus dulces trinos.

En el Liceo Nocturno Federico Hanssen, tuve ocasión de intimar con Romeo Murga. Era silencioso; su conversación, tranquila; su conducta, correcta; su trato, afable.

Romeo Murga Sierralta nació en Copiapó el 17 de Junio de 1904. Aquella ciudad de mineros taciturnos tiene un cariz espiritual propio. El minero es místico y soñador. En su mente, más misteriosa que la del campesino, trabaja día y noche la loca fantasía. El minero es buscador de riquezas, riquezas para ocios soñadores.

Hizo sus primeros años de estudios en el Liceo Alemán de aquella ciudad. Terminó su enseñanza secundaria en el Liceo de Hombres de su villa natal. A los 16 años recibió el diploma de Bachiller en Humanidades; a los 20, el título de Profesor de Francés.

En 1924 fué nombrado para servir en el Liceo de Hombres de Quillota. Al poco tiempo enfermó y falleció el 18 de Mayo de 1925.

La vida fué mezquina con Romeo Murga. No le permitió su precaria salud ser fecundo. El poeta dejó, pues, una pequeña gavilla lírica. Pero el conjunto de su obra posee calidad estética y dignidad literaria.

EL CANTO EN LA SOMBRA.—*Este libro resulta ser la proyección cabal de su personalidad. Escribió por ese misterioso imperativo de expresarse que sienten los creadores legítimos. No buscó ni tuvo posturas espectaculares.*

El verso de Murga es de notable espontaneidad; su idioma, correcto y emotivo. No fué un angustiado buzo de los raros y exquisitos océanos literarios. Su poesía es leal a las formas armoniosas. Bastó a su equilibrado temperamento —disciplinado en la cultura— un estilo pulcro en el que se articularon los valores de la tradición poética con las innovaciones propias de la nueva sensibilidad. Rubén Darío fué su primera estrella orientadora. Platón le enseñó que “el poeta debe tejer fábulas, no razonamientos”. (Fedón, c. IV).

Romeo Murga no tuvo días de reposo para las sabias y pacientes correcciones. De ahí que el presente libro tenga el perfume de lo tierno. No es la suya, poesía trabajada con las fórmulas secretas de la alquimia lírica, fórmulas comprensibles únicamente a los iniciados en las logias de la novísima belleza. Su canto se moduló sin buscadas exquisiteces. Abandonó su alma a la creación con el ardor con que la abeja busca el polen para su dulce producto.

Romeo Murga tiene acentos místicos. Su busca de Dios la traduce en varios de sus poemas. La poesía nacional es, por lo común, poco dada a estas efusiones inefables. El espíritu escéptico del chileno no se aviene con los transportes de la mística.

En la poesía de Murga, además, se puede observar con claridad un sentido preciso del cromatismo lírico. Su verbo tiene sentido obscuro, opaco. Posee el tono de lo que se retira al seno de la intimidad: EL CANTO EN LA

SOMBRA. Sombra, o sea la zona donde no se ve al poeta, sino donde se oye su voz pura y esencial. "La palabra del poeta —dice Juan Maragall— brota con ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza: este es el hechizo del verso..." "Porque el poeta —agrega más adelante en su ELOGIO DE LA PALABRA— es el hombre más inocente y más sabio de la tierra".

El vario sonar de la palabra humana tiene en la poesía de Romeo Murga medida donde señorea el buen gusto, y el equilibrio técnico adquiere en su verso la gracia que mueve a amar lo bello.

Dice en un retrato psicológico, digno de ser señalado por la justeza del perfil con la realidad:

Soy el hombre silencioso,
silencioso para cantar.
No sé del grito, del solloso
ni del ronco rumor del mar.

NOTA BIBLIOGRAFICA.—El autor como queda subentendido, murió a los 21 años de edad. Su labor, pues, no pudo ser numerosa.

Publicó en 1923: *EL LIBRO DE LA FIESTA* (Primer Premio del Elogio de la Reina de la Fiesta de Estudiantes).

Dejó preparado para las prensas: *EL CANTO EN LA SOMBRA*, que se publica hoy como lo compuso el poeta.

Entre sus papeles, se han encontrado notas y apuntes para un proyecto de libro titulado: *VOZ CLARA*. (Vuelve la nota cromática).

Entrego, por lo tanto, *EL CANTO EN LA SOMBRA* al gozo y juicio de las personas amantes de la poesía que brota de sus claras palabras.

ELEGIA EN RECUERDO DE MI INFANCIA

Ya no sé donde está mi camino de rosas,
ni ese ancho cielo suave que miraron mis ojos.
¿Qué mano despiadada, sobre el camino en sombras
echó siembra de abrojos?

Hoy que el ayer no existe, se me ha muerto el gozoso
tiempo de las auroras fragantes y encendidas.
Más que una edad efímera de divino alborozo
se me ha muerto una vida.

Se me ha muerto una vida mía,
vida de juegos y alegría
bajo el sol de los mediodías
del verano;

vida de risas transparentes,
y de beber en las vertientes
con el hueco de nuestras manos...

En esta evocación de lo que ya no es mío,
las alegrías viejas son mis nuevos dolores.
El presente de sombras diluye en su vacío
el son de las campanas y el olor de las flores.

Campanas de la escuela, que vibraron
cristalinas y frescas en el patio de sol.
Flores de aquel jardín que recorrió, cantando,
mi infancia, conducida por la mano de Dios.

Flores. Campanas. Juegos bajo la luna nueva.
Vida que nos inunda con ardientes efluvios.

Y la divina amada de doce años, que lleva
la mirada del sol sobre sus rizos rubios.

¡Haber podido hacer eternos los instantes
de esa aurora perdida,
y con los ojos húmedos y el corazón fragante,
haber quedado niños, para toda la vida...!

UNA TRISTEZA FIEL

Una tristeza fiel cubre mi vida:
pálido cielo sobre tierra negra.
De esa tristeza suave, vive mi alma.
¿Qué sería de mí sin mi tristeza?

¿Qué sería de mí sin esta clara,
sin esta pálida melancolía,
que me llena de sueños y me libra
de la vulgaridad de la alegría?

Entre la angustia y el hastío largos,
como un camino, mi tristeza empieza:
cruza mi vida y se prolonga al cielo.
¿Qué sería de mí sin mi tristeza?

Yo la quiero, y mi amor la inunda entera,
y su pequeño amargor endulzara.
De frente al sol, mi espíritu la apura
como una clara copa de agua clara.

En mi silencio y en mis soledades,
mi tristeza es amable compañera.
Llena de suavidad las horas torvas
y hace dulces las horas de la espera.

Me embriaga de emociones y de cantos,
esta tristeza noblemente triste;
como tu amor, mujer, y como todas
las trémulas palabras que me diste.

Yo la busco en mis albas y en mis tardes,
y en el cansancio de mis noches negras;
y siento pena, cuando no estoy triste,
de que no esté conmigo mi tristeza.

Porque ella es mi descanso, entre una
[angustia
y una mala alegría que me pesa.
Es ella mi descanso, eternamente.
¿Qué sería de mí, sin mi tristeza?

INVOCACION

No, Señor Jesucristo, yo no soy como todos.
Yo pronuncio tu nombre con honda devoción.
Aunque arrastre mi cuerpo sobre todos los lodos,
alzo como una hostia roja mi corazón.

Y la elevo hasta Tí, hasta tu crucifijo
que aún guarda las heridas de la Santa Pasión.
Tú me habrás de mirar como se mira a un hijo:
Yo soy un hijo pródigo que te pide perdón.

Perdón por los que llevan el dolor de su vida
sin buscar tu dolor en los torvos recodos.

Yo mantengo por ellos mi lámpara encendida,
y aunque todos te nieguen, yo te afirmo por todos.

Perdón por el suicida que fué también cobarde,
y por el pobre esclavo de una mala pasión.
Por quien luego te olvida, por quien te busca tarde,
y por quien no te busca, perdón, perdón, perdón.

Por mi cuerpo doliente, tosco vaso de tierra
que envuelve la lujuria con sus llamas malditas
Cuando la carne mata todo el goce que encierra,
en el silencio enorme, eres Tú quien nos grita.

Por mis manos, morenas serpientes voluptuosas
que fueron tentación para la frágil Eva;
y mis pies, lastimados de zarzas dolorosas,
que cada día fueron por una senda nueva.

Por mi boca que supo morder los rizos blondos
y que a todos los besos les salía al encuentro;
y mis ojos, que fueron tras los deseos hondos,
desde aquellos caminos que llevamos adentro...

YO SOY EL HOMBRE SILENCIOSO

Yo soy el hombre silencioso,
silencioso para cantar.

No sé del grito, del sollozo
ni del ronco rumor del mar.

Mi voz ungida en suavidades,
que canta lo triste y lo mío,
irá a través de las edades
como el rumor de un claro río.

No quiero que mi voz herida,
ni que mi canción dolorida,
por sobre los humanos yerros,
dolor derroche;
tal el ladrido de los perros
en la noche.

Mi dolor es hondo y eterno,
pero en mi canto se hace leve,
frente a la alegría encendida;
es un albo copo de nieve
para las llamas de la vida.

Mi voz no ha de amargar la fiesta
de los que se embriagan en esta
vida mortal;
de mi corazón al abrigo,
yo me quedo solo conmigo
y con mi mal.

No turbaré el albo reposo,
ni el alborozo jubiloso
de los que se entregan a amar.
En mí no hay grito ni sollozo.
Yo soy el hombre silencioso
para cantar.

MADRES DE LOS POETAS

Madres de los poetas que en el pasado han sido,
vengo a hablar con vosotras de vuestros hijos tristes.
Carne doliente, en vuestras entrañas han dormido
y no los conocisteis.

Madres de los poetas que en el presente son,
con vuestra eternidad de ternuras y arrullo
calmaréis a los mares y al viento arrasador,
pero nó al dolor suyo.

Madres de los poetas que mañana serán,
sobre la tierra fría se perderán sus pasos;
buscarán nuevas sendas, y nunca dormirán
sobre vuestros regazos.

Madres de los poetas que son, serán, y han sido,
garganta de esos cantos, surco de esas semillas,
árbol que no dió flores y que en otoño ha visto
dispersarse a lo lejos sus hojas amarillas.

Vosotras que supisteis su inocencia primera,
gritad que fueron buenos y que amaban a Dios.
Grande fué su pasión por la carne terrena.
pero más grande fué su amor.

Llorad por sus dolores y sus ansias secretas,
por sus manos crispadas y por sus alas rotas.
Llorad por vuestros hijos, madres de los poetas,
que yo, por consolaros, lloraré con vosotras.

ORACION A SAN LUIS

Mi oración, San Luis de Gonzaga,
llegue hasta tu virginidad.
Con tu divino aliento, apaga
ni hoguera de sensualidad.

Tú, San Luis, que nunca supiste
del hondo deseo saciado;
tú, San Luis, que jamás mordiste
la dulce fruta del pecado;

y que ahuyentaste la lascivia
con tu virtud santificada,
y nunca probaste la tibia
caricia de la carne amada;

dame tu gracia transparente,
y hazme puro como tu voz,
sin mi pasión de adolescente
y lleno de gracia de Dios.

Y para que la carne triste
no me seduzca con su ardor,
díme tú, que jamás bebiste
del rojo vino del amor,

como es efímera la fuerte
gloria de la carne rosada,
y como después de la muerte,
no queda, nada, nada, nada...

Mujer, eterno estío

LA LEJANA

Como el sendero blanco porque vuela mi verso,
eres tú, toda llena de cosas lejanas.
Llevas algo de extraño, de sutil y disperso
como el polvo que dejan atrás las caravanas.

Amas la lejanía y eres la lejanía.
No has soñado jamás con la paz de tus lares.
Tienes el gesto claro y la blanca osadía
de las velas que parten hacia todos los mares...

Todo camino sabe de tu huella. Los montes
y el viento te desean. Tú —sin saber, acaso—
reclinas tu cabeza sobre los horizontes,
como sobre un regazo.

Y otra vez al camino, al viaje comenzado,
a las cosas lejanas del dolor y la muerte.
Si alguna vez, mujer, pasaras por mi lado
yo no podría detenerte.

Me quedaría inmóvil. No me querría asir
a tu pálida veste de ensueños y azahares;
sólo por la tristeza de mirarte partir,
como una vela blanca, hacia todos los mares...

MORENA

Morena de ojos negros como la noche negra
desde donde han venido mis temblorosos pasos.
Morena, la romántica, la pequeña y risueña,
cuyo cariño duerme como un niño, en mis brazos.

Dulcemente morena, como la sombra humilde
de tus livianos rizos en tus leves ojeras.
Morena, suavemente, como el reflejo que hacen
las ondas de tu crespá y oscura cabellera.

Morena como el alma de la noche más diáfana,
como el rostro invisible del silencio y la pena.
Morena como el sueño, como la sombra, y como
la cara eternizada de la tierra morena.

Morena, pero llena de claridad divina.
Morena, pero hermana de la alborada rubia.
Tras largas horas grises, amaneciste en mi alma,
como un día de sol tras un día de lluvia.

Morena; pero es luz tu mirada y tu acento,
y ese gesto infantil que de gracia te llena.
Morena; pero alumbrá las sombras de los hombres,
como un sol infinito, tu sonrisa morena.

CANCION EN LA HORA DEL OLVIDO

Ya nuestro amor no es nada sino un recuerdo, y una
claridad imposible sobre la vida mía.

Ya todo nos separa, ya nos aleja todo,
y entre nosotros corre, como un río, la vida.

Pasas junto a mi lado como si no pasaras,
y yo no me detengo para verte pasar.
El eco de tu voz ya no me dice nada,
y tu luz infinita no me ilumina ya.

Y sin embargo, somos los mismos que una tarde
se juntaron en ésa tu mirada profunda.

Somos los que una noche callada aprisionaron
toda la paz de Dios entre sus manos juntas.

Somos los que se amaron y los que se olvidaron,
los que perdieron ya su infinita alegría.

Pero en ese pecado que Dios no ha perdonado,
no fué tuya la culpa, ni fué la culpa mía.

Qué culpa tengo yo, mujer, si así como otros
tienen el vino triste, yo tengo el amor triste!

Y tú, qué culpa tienes, si con tu alma traviesa
no puedes comprender lo que no comprendiste.

Lo que no comprendiste: mi amor —llama y fulgores—
ardiendo tras mis frías palabras cotidianas;
mi amor —luna risueña sobre mis torvas noches,
y rubio sol ardiente que alegró mis mañanas.

Y ya mi amor no es nada sino el recuerdo de algo,
claridad imposible sobre mi vida oscura.

Yo recojo, en silencio, las perdidas palabras.

Tú seguirás viviendo sin recordar ninguna.

Pero en mí quedará lo que fué en ti divino.

Todo yo fuí un camino que tú hollaste, al acaso,

Todo yo fuí un camino, y sobre ese camino

no ha de borrarse nunca la huella de tus pasos...

GRACIAS

Mujer, la de esos besos, la de esos largos besos,
la de esos besos breves, húmedos y calientes,
la del regocijado sonreír en la sombra
que iluminó la vaga blancura de sus dientes;
la de la casa humilde, con ventanas humildes,
en la calleja oscura, soñolienta y callada;
la que entre beso y beso me lo decía todo,
aunque entre beso y beso no me decía nada;
la del mirar risueño, la del reír risueño,

la del querer ardiente, violento y extenuante;
la que vivió conmigo, con nosotros, con ella,
esa noche de amor, corta como un instante;
la que turbó el solemne silencio de esa noche
con las voces amargas y dulces del pecado;
la que dejó en mis brazos, en mi ser, en mi vida.
eso que es el recuerdo de que nos han amado.
Gracias, mujer, la inquieta, la de este pueblo quieto,
la de esa noche alegre, porque tú la alegrabas;
gracias, la de los rojos besos interminables,
por esos besos rojos e interminables, gracias!

CON BAJA Y LENTA VOZ

Nadie lo sepa, amada, y a pesar del espacio
que nos separa, hablemos con baja y lenta voz
de aquel amor que yace, como un niño dormido,
sobre mi corazón, sobre tu corazón.

Tú eras una divina mujercita pequeña:
cabellera de sol, grandes ojos de sombra.
Yo tenía tan sólo mi corazón que tiembla:
yo no era más que un niño aspirando un rosa.

Rosa que todavía me perfuma las manos,
y nunca será flor en las manos de nadie,
porque le dió su savia mi corazón extraño
que es una rosa viva, de pétalos de sangre.

Puro y claro, mi amor me dió el gozo y la pena,
la pena de perderlo para no hallarlo más.
¡Por qué no te amé siempre de lejos, de muy lejos,
como el mar a la luna, como la luna al mar!

Así no sufriríamos de este recuerdo, ahora.
Pero no... consolémosnos y bajemos la voz.
Nos endulzó y pasó, como todas las cosas.
Calla. No maldigamos. ¡Si nos oyera Dios!

CUANDO SEAMOS VIEJOS

Cuando seamos viejos, todo este amor enorme
se irá por los caminos y brotará en los huertos,
y será una ilusión muy lejana y deforme
que enturbiará la paz de nuestros ojos muertos.

A la tarde, soñando con lo que ya no se ama,
mascaremos recuerdos de amor en el tabaco,
y el amor temblará como una débil llama
en nuestra carne vieja y en nuestros rostros flacos.

Todo el pasado claro se asomará a tus ojos,
y dormirá en tus ojos una eterna agonía.
Ya no nos dolerán ni guijarros ni abrojos
y apenas sufriremos de vivir todavía.

Sólo nos quedará la voz, y nó la misma
con que hoy, serenamente, nos besamos de lejos.
De esta ternura inmensa que en nosotros se abisma,
¡cómo iremos a hablar, cuando seamos viejos!

Y MORIRAS UN DIA

Y la noche terrible se te entrará en los huesos.
(Acaso en nuestras horas de amor lo presentiste).
En tu morada oscura, la canción de mis besos
pondrá un temblor de almohada sobre la tierra triste.

Mi espíritu a tu lado velará sin descanso,
disipando las nieblas oscuras de la muerte.
Sentirá que la vida se va como un remanso,
y frente a los misterios, se creará más fuerte.

Tú no estarás inerte.

Te abriré mi memoria

y olvidaré, a tu lado que tengo que vivir,

y junto a tus despojos, apuraré la gloria

de vivir como un muerto, mirándote dormir...

LA NIÑA RUBIA

Melena como el sol de rubia,
cuerpo de dulces líneas claras,
rostro risueño y de ojos puros
como el cielo que ella mirara;

toda luz, de aurora y de oro,
por los anchos caminos va,
y entre la claridad del día
pasa como otra claridad.

Sobre su cara sonrosada
tiembla su melena amarilla,
como una dulce llamarada
para enrojecer sus mejillas.

Y ardida entre sus labios rosa,
su sonrisa tan natural,
tan natural y tan hermosa
como una rosa en un rosal.

Es toda de oro su cabeza,
y es dorada su carne moza,
como es, talvez, dorada
su alma encantada y luminosa.

La niña rubia es clara y pura,
como el agua de un arroyuelo.
Se ha llenado su azul mirada
de la mirada azul del cielo.

Ella recorre el prado verde,
entonando dulces cantigas,
y como una alta espiga, pasa
por entre los campos de espigas.

Ella camina bajo el cielo
con su tímido cuerpo puro,
y a los rubios rayos del sol,
es como un haz de rayos rubios.

Ella —deslumbrada y sencilla—
por los anchos caminos va,
y entre la claridad del día, pasa,
pasa como otra claridad.

LA PALABRA DE AMOR

Voy hacia tí, mujer, después de alguna ausencia,
lleno de mis sonrisas y mis palabras suaves.
Me tenderé a la clara sombra de tu presencia,
y te diré otra vez eso que tú ya sabes.

Eso que tú ya sabes, pero que aún no entiendes;
eso que tú ya sabes y nunca entenderás.
Oídos de mujer, en ellos no se prende
más que la voz... Y el viento se lleva lo demás.

Y lo demás es todo: el ansia de entregarse
que hace que, ardientemente, contra el silencio luche
la palabra de amor que tiembla de escucharse,
y, sobre todo, tiembla de que tú no la escuches.

La palabra de amor en donde el amor cabe,
como el cielo en tus ojos y el sol en tu mirada;
la voz que busca el tono más sereno y más suave
para hablar del ardor de nuestra llamarada.

La palabra de amor, lejana e imprecisa,
que tú conoces, llena de un pequeño dolor...
Mujer, sobre mis labios ya no tengo sonrisas,
pero aún tengo en mis labios la palabra de amor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CANCION DEL NOMBRE DE EMMA

Emma. Nombre vulgar, y para mí, divino.

Emma. Brasa encendida que los labios me quema.

Breve como un sollozo, fugaz como un suspiro;

nombre de dos recuerdos y dos amores. Emma.

Nombre que en el silencio de mis noches entona

la canción infinita de dos amores muertos.

Nombre que es en mi espíritu como el sencillo aroma

que viene de dos claros rosales de mi huerto.

Nombre de dos mujeres que amó mi adolescencia,
y que a mi adolescencia dieron pena y amor.
(Una era rubia y suave, la otra, suave y morena)
Ellas le dieron lágrimas a mi primer dolor.

Por esas dos mujeres —amada de hoy, perdónalas—
toda mi adolescencia se coronó de espinas;
y yo fui tras sus pasos por ese ancho sendero
que es el mismo sendero por donde tú caminas.

Amada de hoy, perdónalas. Por esas dos mujeres
yo sé amar con la inmensa ternura que tú sabes.
Ambas eran risueñas, miraban dulcemente,
y aspiraban a Dios, como al vuelo las aves.

Yo viví eternidades en sus miradas puras,
y desde entonces tengo la vida entristecida.
Su fragancia morena con su fragancia rubia
perfuman para siempre el dolor de mi vida.

Eran sus bocas frescas y eran suaves sus manos.

(Emma, Su nombre ardiente, como brasa me quema).

¡Por esas dos mujeres que en mi vida pasaron,

benditas sean todas las que se llamen Emma!

TUS OJOS ME MIRARON

**Tus ojos me miraron, te miraron mis ojos
y nunca más nos hemos vuelto a ver.**

**Fué tan sólo un instante, no más, pero en él supe
que tú eras la elegida que pasaba a mi lado,
que tú eras la que hubiera podido ser, un día,
amadora de todas las horas del amado.**

||

Habría sido el único corazón para el mío,
pero tu corazón, como un ave, se fué.
Tus ojos me miraron, te miraron mis ojos,
y nunca más nos hemos vuelto a ver.

Toda entera venías hacia mí, toda entera.
Hacia tí me empujaban los vientos del azar.
Pero al hallarnos, fuimos como dos barcos locos,
que se cruzan en medio de la mar.
Tus ojos me miraron, te miraron mis ojos,
y ya no nos veremos nunca más...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA LLUVIA Y TU

Llegó la triste noche oscura:
pasó la lluvia y no llegaste.
Para endulzar tanta amargura,
no habrá miel rubia que me baste!
Llegó la noche, pasó la lluvia
Y no llegaste.

Después nos quisimos, es cierto,
y hasta casi olvidé ser triste;
pero esa amargura no ha muerto;
junto a tu fiel recuerdo existe:
Vino la lluvia, se fué la lluvia
Y no viniste.

TU VOZ

Tu voz, eso es lo que amo,

más que tu corazón y casi más que a tí:

esa cosa invisible que sale de tus labios,

y junto a mis oídos, triste, viene a morir;

esa cosa tan dulce con que tú me respondes

y con que aquella tarde me dijiste que sí.

Tu voz, eso es lo que amo. ¡Qué bonita es tu voz!

Más que tu cuerpo todo y más que toda tu alma.

¡Qué manera que tienes de embellecer las sílabas,
gotas del encantado surtidor de tu charla!
¡Cómo vibra en el aire la música pequeña
de tu voz, perfumada de evocaciones claras!
¡Con qué dulzura pende de tu boca graciosa
el invisible y diáfano rosario de palabras!

Tu voz, eso es lo que amo:
el eco triste y trémulo de tu alma triste y trémula;
eso que cuando callas, se aleja hacia la sombra,
y cuando vas a hablarme, desde la sombra llega.

Amo tu voz, tan tenue como brisa que pasa
rozándole los pétalos al clavel de tus labios,
y otras veces tan ruda, que al escucharla ha sido
como si un viento ronco me devastara el alma.

Cuando tu voz me canta, bella fuente escondida,
se hace alegre la turbia tristeza de mis tardes.
Amada, no me pidas que te bese en la boca:

tu boca es para hablarme.

No quieras que te colme de efusión amorosa;
yo soy para escucharte, sólo para escucharte.

Háblame siempre. Siempre, menos en mi agonía,
porque si en esa hora tu voz me acariciase,
ya la gloria de Dios no me sabría a gloria,
y encontraría débil el coro de los ángeles.

SOLEDAD, OTONO

Estoy solo en la vasta soledad de la tarde,
solo entre todo el mundo; junto a la vida, solo.
Caen sobre el camino polvoriento del parque
las hojas de oro.

Tú cruzas el camino, como yo, solitaria,
envuelta en una pálida claridad otoñal.
Inevitablemente, se hallan nuestras miradas,
y en la paz del crepúsculo, nos miramos en paz.

Pasas. Y yo te quiero a mi lado, este otoño.
Tú también me quisieras tener junto a tu sombra.
Te llamo desde el fondo de mi ser. Y estoy solo.
Y tú vas sola.

Me han contado tus ojos lo que tú me amarías.
(lo que yo te amaría, quién lo podrá contar)
si llegaran a unirse nuestras dos soledades
en una sola soledad.

No ha de ser. Ya la tarde siente venir las sombras
y en el camino caen las tristes hojas de oro.
Me has llamado desde el fondo de tu alma. Y sigues sola.
Y me quedo, solo.

COMO UNA EGLOGA

**Recuerdo: Campos verdes bajo el azul del cielo;
bajo ese cielo, tú; y tú, sobre esos campos.
Hace ya mucho tiempo que me dijiste adiós,
y aún escucho tu voz como el eco de un canto.**

**Fué nuestro amor de niños como un comienzo de égloga,
lleno de sol, de paz, de horizontes inmensos.
Dios doró en aquel año, con amor, los trigales
y embelleció de amor los soles y los vientos.**

Por nosotros, las flores abrieron sus corolas,
y a los vientos ondearon espigas amarillas.
Por tí, Dios alegró la vertiente sonora,
y entristeció, por mí, los sauces de la orilla.

¿Te acuerdas? ¡Cómo errábamos entre el follaje trémulo
de aquella primavera que perfumara el mundo;
y a veces separados por el campo o el río,
cómo estábamos, siempre, divinamente juntos!

Eramos dos zagales de temblorosas almas:
una zagala alegre y un zagal melancólico.
En nosotros, ardiente, temblaba el amor nuestro,
como el sol en las aguas risueñas del arroyo.

Eran míos, entonces, rubia muchacha agreste,
tu cabello de espigas y tu boca de fruta;
tus ojos que en mis ojos para siempre dejaron,
junto a la infancia mía, toda la infancia tuya.

Y ya no estás, no estás, porque el tiempo ha pasado.
Ya el prado de mi infancia no reverdece al sol.
Te hallas lejos de mí, lejos de tí me encuentro,
y acaso tú te olvidas mientras recuerdo yo.

¿No volverás? ¡Quién sabe! Pero si Dios lo quiere,
si vuelves algún día, no bastará tu miel
para endulzar el llanto que juntos verteremos
por nuestro amor de niños que no puede volver...

MI VOZ NO ES MAS QUE EL ECO...

¿Qué he de hacer con mi voz sino cantarte siempre,
sino decirte siempre que eres bella y que te amo?
Toda mi poesía, oh Amada, no es más que eso:
el vasto nombre ardiente de amor con que te llamo.

Estás en mis cantares, bella y eterna y sola,
mostrando tu divino modo de ser hermosa.
¡Las que se inclinen sobre mi río de canciones,
sólo verán al fondo tu imagen temblorosa!

Mi poesía toda te circunda, como alta
ciudad maravillada de tristeza y de música,
llena del inocente fulgor de tu mirada,
y el rubio resplandor de tu cabeza rubia.

Pasa entre mis versos como entre los rosales
de tu jardín, desnuda de vanidad terrena,
alegre como tú; como yo, melancólica;
llena de mis sollozos, y de tus risas llena.

Todos mis cantos tienen el brillo de tus ojos
y tienen el perfume cruel de tu corazón.
Si tú eres amorosa canción rubia y humana,
mi voz no es más que el eco triste de esa canción...

Jardín de sensaciones

LAS PIEZAS VACIAS

Tienen un gesto grave y una fragancia extraña
de muertas sensaciones.

Ayer no más había, bajo este techo nuevo,
muebles, voces sencillas, y mujeres, y flores.

Este era un dormitorio con cortinas de espuma
que ablandaban la luz del sol. Sobre este suelo
hubo una alfombra roja, un velador con mármol
y un amor que en las noches ardía sobre el lecho.

Aquella era una pieza donde los niños rubios
jugaban con sus cajas de soldados de plomo.
Las infantiles voces escapaban al viento,
y ondeaban como espigas, las cabelleras de oro.

Aquí estuvo el salón donde el flirt elegante
tejió sus confidencias frente a los amplios cuadros,
y en que bajo la viva lumbré de las arañas,
manos de nieve y rosa volaban sobre el piano.

En otro tiempo ardieron llamas de corazones
en estas piezas vastas.

Voces y cantos claros, como pájaros nuevos
se escaparon al sol por las anchas ventanas.

Tibios rayos alegres traspasaban de luz.
Cada mañana fresca que en las piezas caía.
Hoy, las llena el silencio. Y a través de sus sombras,
pasan los gnomos tristes de las piezas vacías...

EL VIAJE

**Mi espíritu sonríe como un espejo claro
que recogiera todos los tonos del paisaje.
Voy buscando un rincón de soledad y amparo,
pero siento el deseo de eternizar el viaje.**

**Toda la luz del mundo me viene desde afuera,
y en mi interior se embriaga de amor y de humildad.
(Una vaca manchada dormita en la pradera,
y una colina blanca sueña la eternidad).**

Arboles y más árboles... En todas partes dejo
mi inquietud. La emoción, de la mano me lleva.
Más allá de esa choza, diviso un perro viejo
y una muchacha rubia como una espiga nueva.

Y después el silencio, la sombra, la frescura,
y el agua estremecida de sol y de alegría,
la inocencia de Dios vagando en la llanura,
y más allá de todo, siempre la lejanía.

Voy buscando un rincón de soledad y amparo
pero el paisaje enorme me dá su emoción ruda.
Mi espíritu sonrío como un espejo claro
que copiara la imagen de una mujer desnuda.

EL ORGANILLO

Organillo sonoro de la música vieja,
¿qué poema doliente se estremece en tu voz?
Esa canción amarga que se acerca y se aleja,
¿es un suspiro largo, o es un supremo adiós?

¿Qué quimera brutal, vieja y desconocida,
allá en tu pecho engendra esa trémula voz?
¿Has querido ser triste para llorar la vida,
o es que quieres ser hombre para sentir a Dios?

Organillo sonoro de la música vieja,
de la canción amarga que se acerca y se aleja,
yo te daré mis sueños, tú me darás tu voz,

y así, en el curso largo de esta senda afligida,
los dos seremos tristes para llorar la vida,
los dos seremos hombres para sentir a Dios.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA NOCHE

Poco a poco se apagan las tenues sensaciones.
Me voy quedando solo, en doliente pereza,
bajo las frías sábanas y entre los almohadones,
en la negra y pesada soledad de mi pieza.

Pienso que en este día —que fué nublado y gris—
no he sentido tristeza ni alegría ninguna.
Me revuelvo en la cama, sin poderme dormir.
Afuera, se oye un perro que le ladra a la luna.

Pobre náufrago débil en el mar de la noche—
mi alma está llena de una tristeza taciturna.
(La calle se estremece con el rodar de un coche.
Un pitazo, a lo lejos, rompe la paz nocturna).

Yo le temo al silencio de estas noches heladas,
un silencio preñado de encono y de maldad,
de fantasmas oscuros y de almas embrujadas,
un silencio que pesa como una eternidad.

¡Quién me hará la limosna de un leve y breve ruido,
que ahuyente mi funesto meditar en la nada;
un ruido que no sea ni mi voz, ni el latido
silente del reloj, en la noche callada.

Y las horas se arrastran, monótonas, tranquilas...
Voy a coger mañana, en divino derroche,
toda la luz y el oro del sol en mis pupilas,
para borrar de mi alma el horror de la noche!

A LO LEJOS, UN CANTO

A lo lejos se escucha un canto,
vago y tembloroso, lejano, lejano...
Una voz de niña, que en él va llorando,
vibra como un dulce timbre puro y claro.

Solo y triste marchó

por este camino que guardan los álamos.

(Las casas que esperan al desesperado
se ven al extremo del camino largo).

Lentamente marchó.

Brillan las estrellas. Sollozan los álamos.

Y llega de lejos, el canto.

Al oírlo, todo se ha callado:

el viento que pasa y el camino largo,

la voz que en mí mismo me habla del pasado,

la noche, los álamos...

Y estoy solo, y triste, y alegre, y temblando,

lleno de unas voces que nunca he escuchado,

y más cerca que antes de tu amor lejano.

Brillan las estrellas en el cielo pálido.

Lentamente marchó.

Junto a mí, la negra sombra de los álamos.

A lo lejos, el canto...

**LOA A LAS BUENAS GENTES DEL
CAMPO**

Bajo la azul mansedumbre del cielo,
sembrando granos y atando gavillas,
o dándoles agua y amor a las flores,
pasan su vida las gentes sencillas.

Saben canciones antiguas y tristes,
y en sus cansadas pupilas se queda
la ancha visión de los campos de trigo,
del llano blanco y la verde arboleda.

No hay inquietud que en sus almas florezca,
no hay ilusión que les vende los ojos.
Aman con clara ternura lo humilde:
gleba y maleza, guijarros y abrojos.

Gozan con ávida unción de la sombra
fresca y sutil de los árboles buenos,
y en la afanosa jornada reciben
besos de sol en sus rostros morenos.

Y hacia el hogar luminoso y lejano,
al terminarse la dura labor,
van —con las ásperas manos vacías.
Hacia el hogar luminoso y lejano,
por el camino de todos los días...

La égloga del amador

INVOCACION

Dulce y buen Garcilaso, pastor de églogas tristes,
dame tu don secreto de hacer suave el sollozo,
Préstale a mi Amador la voz acongojada
que ante el verde campo gemía Nemoroso.

Que en mis oídos suene su zampoña bucólica,
y llegue a mi alma el eco de aquel acento suyo
que en la campiña hacía llorar a las zagalas,
mientras las vacas mansas velaban el crepúsculo.

Que las ovejas pálidas, "de pacer olvidadas",
en torno mío estén escuchando mis quejas,
y las rubias pastoras pongan sus trenzas de oro
junto al immaculado vellón de las ovejas.

Dulce y buen Garcilaso, enséñame la ciencia
de crear ese dulce y entristecido canto,
que es como una sonrisa sobre el rostro de un hombre
que tiene las pupilas empañadas de llanto...

Es un rincón del mundo bajo un rincón del cielo.
Hay un sauce de sombra y una infinita paz;
y hay la desconsolada canción de un arroyuelo
que eternamente viene y eternamente vá.

Junto a este sauce triste, se alegran las orillas
la sonrisa del musgo, mínimo y compasivo.
Y a lo lejos, un campo de espigas amarillas
ondea, blando, al viento, como un mar de oro vivo.

La ancha visión agreste que apenas se adivina,
trae un reflejo puro de gracia al corazón.
Vaga en torno la leve fragancia campesina
de las espigas, rubias como rayos de sol.

La lejanía, allá; y aquí, la paz sencilla.

Como asiento, una piedra; y el musgo como alfombra.

¡No desdeñara Dios descansar a la orilla

de este arroyuelo, triste bajo el Sauce de sombra!

(A este rincón apacible viene a sentarse el AMADOR, hace ya dos tardes. Descansa sobre la dura piedra, habla a ratos consigo mismo, o con el arroyuelo o el sauce, y contempla el horizonte. Luego, se marcha).

El AMADOR es pálido, y esbelto y vagabundo.

Tiene ojos de crepúsculo y evocadora voz.

En su sonrisa triste, llevan algo de extrañó

sus labios entreabiertos, como al decir adiós.

Hay un leve vaivén, como de barco joven,
en su sencillo andar, ni tardo ni veloz.
Viene de todas partes sobre la tierra pobre,
y en una mano, un junco le sirve de bordón.

Agil romero adolescente,
zagal amoroso y doliente,
viene del amor, va al amor.
Mujeres de todas las rutas
han gustado probar la fruta
sangrienta de su corazón.

Sorbo de besos él bebiera
antaño, por saciar su fiera
sed insaciable de besar;
y hoy, esta misma sed lo lleva
hacia una dulce boca nueva,
donde acaso no ha de abrevar...

(El AMADOR ha llegado esta tarde y ha permanecido largos momentos inmóvil, frente al ocaso. De pronto, yergue la juvenil cabeza y le habla a los vientos, en voz baja. Se diría que el sauce se inclina sobre él, dulcemente, y que el arroyuelo parlero se queda silencioso, escuchando).

EL AMADOR.

Ayer pasó la AMADA junto a estas cercanías.

Iba, en la tarde, llena de gracia matinal.

Hubo en mi corazón un ansia agradecida
para estos ojos míos que la pueden mirar.

La amo porque no me ama y a mi lado no viene.

Desde su ser al mío no hay camino derecho.

Casi sin esperarla, la espero eternamente,
y le hago un hueco tibio de amor junto a mi pecho.

Sé que no me ama, que no me ama;

no ha de abrasarse ella en mi llama,

ni se harán nuestras vidas, una.

Nunca será su ensueño el mío,
y en mis noches de sombra y frío,
sus ojos no serán mi luna.

Amor de esa mujer hermosa,
lánguida canción temblorosa
que a mi boca llega, llorando.
Yo, sin esperarla, la espero;
no sé desde cuando la quiero,
y la querré no sé hasta cuándo...

(Y luego, con exaltación de desbordada ternura, ebrio
del recuerdo de ella:)

Boca de esa mujer, fuente de besos,
fuente de vida y de encendidas ansias.
¡Pudiera yo incendiar mis labios yertos,
entre sus amorosas llamaradas!

Ojos de esa mujer que no me buscan,
que no me llenan de amor ni de placer.
Nunca en la vida han de ser míos, nunca,
ojos de esa mujer, labios de esa mujer, cuerpo de esa mu-
[jer.

Alma de esa mujer, alma de aurora,
a donde nunca alcanzará mi voz.
¡Ante mi sueño está, blanca y lejana,
lejana como el rostro de mi Dios!

(Al quedar silencioso, apoya entre sus manos pálidas la cabeza. Entre tanto, de un encantado recodo humilde, surge como una aparición, ingrávida y alta como una hada de leyenda, la AMADA).

Todo el trigal se inclina cuando la AMADA llega.
Tiembra el follaje claro de infantil alegría.
Y levemente, un poco del cielo se refleja
sobre su veste diáfana, como la luz del día.

En su alma escucha apenas el cantar de las aves,
porque es, la virgen rubia, tímida y temblorosa
y una rosa se enciende sobre su rostro suave,
cuando el rosal lo facta con su mano de rosas.

Es como una sonrisa de dulzura, la AMADA.

Tiene un sencillo gesto de majestad y unción.

En estos campos verdes, reposa su mirada.

Lleva en la boca, un canto, y en la mano, una flor.

Con paso leve, la AMADA ha recorrido el sendero y pasa ahora junto al rincón rústico y manso donde el AMADOR reposa. Él no ha levantado la cabeza, pero se diría que la ha visto, porque su cara se enciende de dulce y conturbada emoción. Cuando se yergue y la contempla, no es el estupor el que lo embarga. Su rostro está transfigurado, aureolado de melancolía, y hay en todo él como un gesto viril de dolorosa resignación. Parece que su deseo ardiente de ella, no lo impulsa hacia ella, sino que lo deja ahí, inmóvil, en la enorme voluptuosidad de quedarse, en tanto que la AMADA pasa, va alejarse, se aleja).

EL AMADOR. (con voz armoniosa, amarga).

Se va con mis sueños la **AMADA**,
por la senda rebelde y loca.
Se va con sus dulces miradas,
y con los besos de su boca.

Junto con la tarde sencilla,
con la ancha tarde azul, se va;
y mis ojos que la están viendo,
mañana ya no la verán.

Esta noche, sendas no holladas
han de tenderse ante sus huellas.
Será, tal vez, noche estrellada,
pero para mí no habrá estrellas.

La amo porque no me ama, porque a mi lado pasa
como una alada brisa junto a un árbol sin flor.
Está mi corazón en las piedras que pisa
¡y ella mira las piedras sin ver mi corazón!

Toda la siento en mi porque no la poseo;
agua que no ha apagado mi sed *devoradora*
rincón de sombra en donde no descansó mi cuerpo,
tibio y lejano albor en medio de la aurora.

Yo amo a aquellas que nunca deshojé como rosas.
He olvidado a las claras mujeres que, en un día,
me ofrendaron su carne o el goce de sus bocas...
¡Y más siguen siendo las que no fueron más!...

Dueña de mi dolor, que te vas, que te alejas,
a donde tu presencia no ha de prestarme abrigo;
la nostalgia de tí —sombra de tu belleza—
junto a estas cercanías se quedará conmigo.

Dondequiera que estés, tu recuerdo acompaña
mi soledad henchida de tu belleza ausente.
No quiero que me quieras, por conservar intacta
esta pena de amarte, llorando dulcemente.

Siempre estarás conmigo, con mi amor que te guarda,
como guardó su duelo contra toda alegría;
mi amor, que no es espasmo gozoso allá en tus labios,
sino dulce y amarga melancolía mía.

Calla. Y en el silencio de la tarde, un murmullo
de queja imperceptible queda vagando al viento.
lentamente se apagan las llamas del crepúsculo
y empieza a anochecer sobre el paisaje eterno.

Ya el Amador el sólo su sombra entristecida.
La Amada es una sombra que se aleja, radiosa.
Y junto a la piedad del sauce que se inclina,
el arroyuelo diáfano —en la sombra— solloza.

Fin de la égloga. — 1924.

Poesía

GAITA DE OCTUBRE.

Sobre el ramaje de todos los árboles,
y entre el verdor de sus brazos floridos,
mi corazón es un ave que canta
desde el pequeño rincón de su nido.

Mi corazón es un ave que canta
porque su Dios le ha enseñado a cantar.
Vuela su voz desde el alba del valle
hasta la noche tremenda del mar.

Vuela su voz, más vibrante este día
bajo el silencio azulado del cielo
entre el rumor de las hojas risueñas
y la canción del alegre arroyuelo.

Hoy, la mirada del sol es más honda
para mirar al trigal y al sendero:
es más feliz la sonrisa del agua
en este azul despertar mañanero.

La primavera ha dejado en las cosas
como un espasmo sutil de placer,
y hasta la tierra, en sus surcos profundos,
tiembla de gozo como una mujer.

Huele a jardines y a hierba mojada,
y a palpitar de lejanos rosales.
Hay una dulce fragancia de besos
para las trémulas bocas joviales.

Almas de amor que se buscan y se hallan
bajo esta comba de luz que las cubre.
Dan a los hombres hervor de deseos
estas ardientes mujeres de octubre.

Ellos las aman y en ellas descansan,
mientras contemplan la tierra de rosas,
y, por el mar infinito del aire,
las velas blancas de las mariposas.

Y hasta nosotros los tristes bebemos—
para alegrar nuestra lúgubre voz—
en estas copas de júbilo loco
que han escanciado las manos de Dios.

AUSENCIA

**Veinte ciudades de hombres me separan de tí,
pequeñita que llenas mi corazón tan grande.
Entre nosotros dos, la distancia enemiga
aleja nuestros cuerpos, ávidos de estrecharse.**

**La lejanía yergue sus muros invisibles,
en donde nuestras manos vanamente golpean.
Miro, a través de largo camino polvoriento,
tus brazos cariñosos que, allá lejos, me esperan.**

Estás ausente tú, la que no ha muchas tardes
se ceñía a mi cuerpo con amoroso lazo;
la que llenó de amor con su carne aromada
la trémula oquedad que le hicieron mis brazos.

Y hoy estos brazos caen, vencidos, agobiados.
La vida, en torno a mí, se desliza tranquila.
No estás tú, mi pequeña, no estás, y este hombre triste
no ha de mirarse al fondo de tus negras pupilas.

Otros ojos te ven y yo no puedo verte,
yo, que te sé mirar como nadie te mira.
Almas de otros recogen tu perfume de pena,
cuando en las tardes tristes, tu corazón suspira.

Mal de ausencia es el mío, y el tuyo es mal de ausencia,
mal de quererse mucho sin poderse querer,
sin que puedan los labios decir eso divino
que en el beso se dicen el hombre y la mujer.

Hoy, el cielo está gris, y mi alma gris, pequeña.
Allá donde tú estás, se alza toda la aurora.
Sólo con tu recuerdo —la recordaba, lejos—
busco el rincón distante, donde te encuentras, sola.

Y pienso que mañana te encontraré de nuevo.
De nuevo, en carne y alma, junto a tu amor, feliz.
Pero la vida es corta, mi pequeña, muy corta,
y un día de la vida, yo he pasado sin tí



INDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo de Norberto Pinilla	9
Elegía en recuerdo de la infancia.....	13
Una tristeza fiel	19
Invocación	25
Yo soy el hombre silencioso	31
Madres de los poetas	37
Oración a San Luis	41

MUJER, ETERNO ESTIO

La Lejana	47
Morena	51
Canción en la hora del olvido	55
Gracias	61
Con baja y lenta voz	65
Cuando seamos viejos	69
Y morirás un día	73
La niña rubia	77
La palabra de amor	83
Canción del nombre de Emma	87
Tus ojos me miraron	93
La lluvia y tú	97

	<u>Pág.</u>
Tu voz	101
Soledad, otoño	107
Como una égloga	111
Mi voz no es más que el eco	117

JARDIN DE SENSACIONES

Las piezas vacías	123
El viaje	127
El organillo	131
La noche	135
A lo lejos, un canto	139
Loa a las buenas gentes del campo	143

LA EGLOGA DEL AMADOR

Invocación	149
------------------	-----

POESIA

Gaita de octubre	165
Ausencia	171

Este
libro
se
terminó
de
imprimir
el
31
de
Julio
de
1946
en
los
Talleres
de
la
Editorial
Tegualda
Molina 50
Santiago
Chile.